

SERRANO MARÍN, V. (2016). *Fraudebook. Lo que la red social hace con nuestras vidas*. Madrid: Plaza y Valdés. ISBN: 978-84-16032-85-3, 118 págs.



Vicente Serrano, prolongando el análisis de Adorno y Horkheimer, describe Facebook como una parte importante del aparato productivo, como el resultado de la evolución de las industrias culturales y los *mass media* debido a las posibilidades que ofrece Internet. La tesis central del autor consiste en la afirmación de que Facebook es un elemento de poder que se presenta como una “máquina de afectos”. La información no solo es producida y compartida por impulsos de este tipo sino que *es* afecto en sí misma y el botón *like* es lo que mejor lo evidencia. Como aparente espacio de libre expresión, la red social está estructurada de tal modo que invita constantemente a exhibir lo afectivo. De todos los datos generados, acumulados y analizados nace un nuevo valor. Así, su peculiaridad innovadora reside en su carácter económico y en su protagonismo como elemento organizador de nuestra forma de vida, lo que también la convierte en un dispositivo de sometimiento.

La maniobra fraudulenta que detecta Serrano consiste en que la afectividad, además de ser lo consumible (la mercancía), es el elemento de congregación. La clave de negocio de Facebook radica así en el “desplazamiento de la amistad al centro productor de valor” (p. 28). Este hecho dota a la red social de un peso moral que es el centro argumentativo en torno al cual se desarrolla el ensayo. Dicha singularidad explica por qué millones de personas, mediante un acto de libertad, ingresan en un entramado de producción ajeno que, bajo la apariencia de espacio social global, sirve de andamiaje de los procesos de subjetivación. De este modo, la

comunicación y las relaciones intersubjetivas se reformulan: los usuarios no son destinatarios pasivos (meros consumidores) sino agentes activos (productores).

El tiempo de ocio se reafirma como tiempo de creación de valor. Los usuarios de Facebook (y también de sus derivados y filiales) son trabajadores sin descanso ni salario; partícipes inconscientes de un modo de producción transversal a todo espacio y tiempo, que tiene como mercancía la intimidad y que tiene lugar ésta misma. Sin embargo, al centrarse en la afectividad, Serrano no aborda en profundidad la complejidad de la vida privada llamada a ser expuesta por y en la red social. Como consecuencia de ello, cuando el foco de su argumentación no está ya en los afectos y la amistad sino en la libertad, esta no se conjuga completamente con la intimidad aunque es en su interrelación donde recae el peso de la problemática de Facebook en tanto que dispositivo de subjetivación.

Es difícil encontrar alguna faceta de nuestra forma de vida ajena al sistema económico. Espacios como Facebook consisten en la convergencia y distorsión de lo público y lo privado. Ello tiene lugar por el quebrantamiento de la idea de libertad mediante la apariencia de su potenciación en los ciberespacios sociales. Pero Serrano, ceñido a una perspectiva moral ligada a una visión griega de los afectos y la amistad, no considera la dimensión y relevancia política de esta cuestión. Además, sorprende al lector al afirmar que “la libertad y afectividad están tan estrechamente vinculadas que vienen a ser lo mismo” (p. 39). Más bien, muchas veces los afectos subyugan la libertad y Facebook, tal como el autor pone de manifiesto, es prueba de ello. El sometimiento de la libertad a los afectos explica que estos sean el mecanismo fundamental mediante el cual la red social se apropia de la libertad de los usuarios convirtiéndola en coacción.

Registrarse en Facebook conlleva configurar una identidad para comenzar a desarrollar una trama intersubjetiva según una estructura bancaria. Implica abrir una cuenta en la que se exhiben, acumulan y comparten datos acerca de lo que nos gusta, hacemos y queremos. El depósito es libre pero no está libre de intereses. La decisión de formar parte de este entramado global de la amistad supone *a priori* una ampliación de la libertad que pronto se ve quebrada. Aunque el autor acierta al señalar que la libre elección de iniciarse como usuario conlleva un proceso de subordinación a una estructura productiva alienante a la par que (o más bien porque) co-constructora de identidad, no considera cuestiones como las condiciones del contrato, los mecanismos de censura, las políticas de privacidad y sus polémicos cambios, el desarrollo de software de reconocimiento facial, la cesión y venta de datos a empresas, gobiernos y Servicios de Inteligencia o su carácter monopolístico. Además, aunque Serrano tiene

presente la cuestión de la aprobación de los otros cuando interrelaciona las biografías y el análisis del *like*, hay una cuestión relevante en la condición de depósito a la que no presta atención. Dicha búsqueda de la aprobación de los otros que está tras la apertura transparente de los perfiles o la asimetría del *like* y el *dislike*, esconde una lógica de renuncia libre, de pérdida por acumulación. La memoria, la biografía, la identidad, se construyen a partir de este esquema de renuncia, de cesión. El significado y el peso político de este hecho son de marcada importancia.

Cuando Serrano apunta a la redefinición de la idea de biografía (y también de felicidad) vuelve a caer en una visión clásica que, de Aristóteles a Lacán, pasando por Dilthey, Nietzsche e incluso Ortega y Gasset, remarca el cambio en la evaluación y consideración de la vida. Estamos ante una denuncia deshonrosa de la pérdida de lo épico, de la narratividad, de la clausura y la negatividad como conformadoras del relato del *yo*. Lo importante en su análisis de la función de la biografía es que pone de manifiesto que afecta a las condiciones en las que se configuran las identidades: “Las libertades se reúnen y conviven objetivadas” (p. 55) mecánica y automáticamente como mercancías. En este sentido, ya no solo la libertad sino también la identidad pueden considerarse fagocitadas por lo económico. A lo largo del texto se llega, desde diferentes momentos, a este instante en que apremia un análisis de las consecuencias sociopolíticas de la red social, pero que el autor no afronta. Solo al final del ensayo parece hacerle frente desde una posición foucaultiana restringida por las propias connotaciones de la biopolítica, las cuales no resultan muy útiles cuando el poder ha pasado a residir en la información.

Otra piedra angular del conjunto argumental para demostrar el fraude de Facebook es la importancia del *like* como elemento distintivo en el que, según Serrano, convergen la afectividad, la amistad, la intimidad, la publicidad, la felicidad y el gregarismo. La cohesión entre perfiles que comparten *likes* no genera comunidad sino un aglomerado de usuarios cuya unificación se explica por la supresión de sus diferencias. A esto se añade algo que Byung-Chul Han (quien es sin duda uno de los autores de referencia) también expone en sus obras: hay un exceso de positividad, que puede leerse en la asimetría entre el *like* y el *dislike* y que no es positivo. En estos espacios se evita la desaprobación. Incluso los cambios en el botón del *like* para expresar sorpresa, enfado, diversión, etc. pasan siempre por el *like*. Esta huida estructural de lo negativo es expuesta en el ensayo como una cuestión moral: sería inviable un proceso de subjetivación que posibilite un muro lleno de rechazos. La seguridad de la ausencia de disgustos en la biografía parece implicar situarse en una circunstancia de máxima libertad para

exponer/conformar la propia identidad. Facebook se presenta así como el espacio que, sin ser de todos, es para todos. Sin embargo, esto supone necesariamente que sea realmente el espacio de nadie, el de aquello que Facebook decide no censurar.

Hay otra cuestión importante sobre la que Serrano fija su atención. El registro constante y automático de información quiebra las ideas de espacio y tiempo y, por ello, la de libertad. Esto último lo explica trayendo a escena a Isaiah Berlin, denunciando como prácticas totalitarias la prohibición del uso de redes sociales que tiene lugar en muchos lugares y tomando *Wikileaks*, el movimiento 15M o la Primavera Árabe como experimentos positivos. Sin embargo, también afirma que “el dispositivo [Facebook] no se puede combatir desde el dispositivo, pues todo lo que ingrese en él incluso para combatirlo no hace sino alimentarlo” (p. 57). Esto implica que cualquier intento de subversión de los marcos sociopolíticos, al pasar por estas redes, se ve irremediabilmente paralizado. En este contraste de opinión aparece para el lector de nuevo el interrogante más sugestivo: qué consecuencias y posibilidades (tecno)políticas presenta Facebook. Por otro lado, el registro incesante que modifica la concepción del espacio y el tiempo condena a una suerte de eterno presente. Perturba algo fundamental para la construcción de la identidad: el olvido. En este sentido, los cambios en la concepción del espacio y el tiempo presentan más consecuencias de las que Serrano expone. La búsqueda (neo)liberal de la autonomía para la creación del propio proyecto de vida se ve profanada en el momento en que no podemos desprendernos de lo que nunca fuimos, hemos dejado de ser o no queremos continuar siendo. Así, la biografía de Facebook conlleva más implicaciones en la conformación de las identidades que aquellas que Serrano insinúa.

En definitiva, este ensayo tiene la virtud de incitar no solo al diálogo con el autor sino a la prolongación (en múltiples trayectorias) de sus diagnósticos. Desvela importantes problemáticas y abre diferentes frentes argumentales que invitan a una reflexión acerca de las capacidades y posibilidades (tecno)sociales y (tecno)políticas que es tan urgente como compleja y tan actual como necesaria.

Lola S. Almendros
Instituto Filosofía CSIC
lola.s.almendros@gmail.com